

Sobre el Romanticismo

Y además, el hombre y la mujer deben ser verdaderamente amigos y deben sentir simpatía el uno por el otro. Su comprensión debe tener base en la realidad y no fundamentarse en la pasión y el deseo...

‘Abdu’l-Bahá

La relación romántica se basa en la cercanía y la intimidad, compartir y ser amigos. Este anhelo es inherente al ser humano y forma parte de nuestra naturaleza. Con la misma y profunda necesidad de comunión, nos permite alcanzar un nivel superior, embarcarnos en la búsqueda de los reinos espirituales y aproximarnos a Dios.

El romanticismo ha evolucionado desde la Edad Media, cuando la esposa de un hombre podía ser también la dama distante e idealizada en el corazón de otro: un trovador que le escribía canciones de amor, un caballero que lucía su pañuelo en una manga, un cruzado. ¿Quién no se ha conmovido por los amantes "marcados por el Destino" Tristán e Isolda, Romeo y Julieta, Desdémona y Otelo? Pero es su amor el que es eterno; sus vidas terminaron de forma trágica.

Aunque se gasta mucho dinero en invocar el amor romántico en una pantalla cinematográfica durante un par de horas, la humanidad no ha dominado todavía este arte en la vida real. Entretanto muchas personas se llenan el bolsillo con este negocio.

El romanticismo es una necesidad del corazón humano. Transfigura el amor mortal y da lustre a ese amor eterno entre el hombre y Dios, insondable, eterno inefable.

Un aspecto del mismo es la intimidad y la unión, un sentimiento en lo más hondo del corazón y del alma que surge de nuestro amor por el Creador y también por nuestros padres. Esta marca indeleble la volvemos a crear de distintas formas, y una de las formas más conmovedoras es la intimidad de los jóvenes amantes. "Todo el mundo ama a los amantes...". Otro aspecto es el amor sentimental y de color de rosa de una vieja pareja, como el mito griego de Filemón y Baucis: su amor era auténtico y devoto; no necesitaban palabras para expresarlo. Tal era su amor, que Zeus los transformó en árboles cuyas ramas se entrecruzaban.

Trascender el plano racional es otro aspecto del romanticismo. Potencia los sentidos del tacto y el olfato –en este estado, los tilos y los lirios son más fragantes

que nunca-, y el agua de los torrentes o las campanadas de media noche tienen un tono diferente del que tenían el día anterior. La conciencia de la belleza y del carácter irrepetible de la otra persona hace que este mundo parezca más real que el que solemos considerar como realidad. Cuando hay verdadero amor, los amantes también se sienten más próximos a Dios.

El amor romántico crea una visión. Puede ser una visión de amor o del futuro, de una familia, de grandes hazañas que los amantes conseguirán juntos.

El amor romántico es uno de los mejores elixires para que los seres humanos salgan de sus caparazones. La muchacha tímida y retraída florece y se convierte en la radiante protagonista del baile; el joven serio y taciturno con la cara cubierta de granos se vuelve elocuente, su piel se limpia y reluce de salud. Todo porque han salido de su prisión de soledad y del temor de permanecer en ella toda su vida.

Éstos son algunos de los aspectos positivos y esenciales del romanticismo. ¿Qué hay de los aspectos que la experiencia ha demostrado que son destructivos? En una pareja, tal como 'Abdu'l-Bahá nos recuerda: "***...su comprensión debe estar basada en la realidad...***"

Si el romanticismo no está templado en sus aspiraciones por la realidad, es decir, por una firme comprensión de la realidad de la otra persona y de los denominadores comunes de esa realidad, el amor está condenado a morir apenas haya florecido, porque le falta la base. Además, si faltan unos firmes cimientos de amistad, el amor romántico se vuelve frívolo y superficial, sin sustancia real. Es entonces cuando el amor romántico se deteriora y pasa a ser rechazado, odio y destrucción, tanto de sí mismo como de la otra persona y de la relación. Así, los "verdaderos" amantes románticos prefieren morir antes que ver cómo se marchita su amor: ¡al menos, en el escenario! Pero no ocurre sólo en la poesía romántica y en los héroes y heroínas de la ficción; a menudo, también sucede en personas jóvenes, tan frágiles y con tanto deseo de amar y ser amados, pero que al mismo tiempo intuyen tantas dificultades para arraigar su amor en la realidad.

Ésta puede ser una de las razones por la que los bahá'ís creemos que es esencial investigar la realidad cuando se trata de elegir a la pareja. Además de investigar su carácter, es importante tener una visión de la propia vida y aspiraciones personales, y tratar de comprender si la otra persona "encaja" en ella.

Muchas personas sienten la necesidad de desarrollar una relación romántica con la persona elegida. A menudo, ésta aparece de repente y se experimenta como un enamoramiento. Sin embargo, después de la boda, dada nuestra superficialidad e inmadurez, la rutina suele imponerse y el matrimonio se estabiliza a un nivel material y puramente físico.

Otras parejas permanecen dentro del capullo del romanticismo y se aíslan de la realidad. En palabras de Saint-Exupéry, son parejas que se miran mutuamente a los ojos, mientras que el amor verdadero consiste en mirar juntos en la misma dirección. Por tanto, el auténtico amor es unidad de visión, afrontar la realidad, mientras que el romanticismo es crear una ilusión en una isla personal, apartados de los demás y alejados de la realidad. Las personas que viven así dejan de desarrollarse como personas y en su relación. A veces, en el camino de la evolución descubren con gran pesar que su relación los ha aprisionado en un estado irreal de falsa armonía, mientras que la vida pasaba de largo frente a ellos. Pueden experimentar esta sensación como "desenamorarse" y aterrizar bruscamente la realidad.

Creo que, para un o una bahá'í, el amor romántico puede y debe ser una parte, pero no más que una parte, de una relación madura y satisfactoria. No debe utilizarse mal y terminar en un enamoramiento superficial (por desgracia, a menudo se trata de algo inconsciente). El amor romántico no debe ser un sueño ni una cárcel, sino estar integrado en la realidad de la relación y permitir la cercanía, la intimidad, el compartir, y sentirse fascinado por el afecto e incluso la pasión por la persona amada.

Fuente:

"Sexualidad, Relaciones y Crecimiento Espiritual" (págs.140-3)

Agnes Ghazanvi

Editorial Bahá'í de España

Primera edición en español

Barcelona-1996